

CRITICAS Y RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

I

RAÚL SILVA CASTRO

Breve Historia de la Literatura Chilena, por Arturo Torres Rioseco. México, 1956.

Algún día habrá que pagar la deuda que se tiene con Arturo Torres Rioseco por su gallarda embajada cultural en los Estados Unidos. Su cátedra de lengua española y de literatura hispanoamericana, establecida hoy y desde hace muchos años en la Universidad de California, Berkeley, está forjando admiradores de las letras del Sur, y especialmente de Chile. Torres Rioseco no es un fervoroso amante de lo chileno, como podría serlo el vulgar chauvinista al cual, por verse fuera de su patria, se le pronuncia el amor a todo lo que dejó atrás. Nada de eso; es más bien acerbo censor de la vida chilena, que suele enjuiciar con abierta displicencia y sin ningún disimulo. Pero entre los discípulos de Torres Rioseco puede asomar el hombre a quien le agradan las cosas dichas en tono franco y altanero, y ese hombre generalmente pasa de ser buen discípulo y atento seguidor de las palabras de su maestro a convertirse en amante, a la distancia, del país en que ha nacido su héroe. Esta suerte de embajada espiritual, ajena a los protocolos, convierte la cátedra de Torres Rioseco en Berkeley en un verdadero modelo de divulgación de los valores nacionales.

Esta vez nuestro compatriota ha ido más lejos, y al atreverse a publicar una *Breve Historia de la Literatura Chilena* en México y no en Chile, parece que está reforzando su designio de llamar la atención de los extranjeros sobre las cosas de su tierra. Parece, en fin, que el libro ha de circular de preferencia lejos de Chile y como una ligera introducción al panorama literario del país. Si no lo aceptamos así y pretendemos que ofrezca efectivamente las informaciones que debe contener una historia de la literatura chilena, temo mucho que no lo entenderemos rectamente.

Porque en efecto, ¿qué le interesa al lector fuera de Chile que es, como ya decíamos, aquél a que se dirige Torres Rioseco? Que le afirmen que la literatura chilena existe, que existe desde el siglo XVI, que su historia se cifra en tales y cuales nombres y que la sucesión de los fenómenos literarios se prosigue hasta el día y, en el momento actual, se concreta en estas obras y en aquellos autores. Esto es, insistimos, lo que le interesa a ese lector, y si lo halla en el libro de Torres Rioseco no tiene por qué declararse engañado. Nosotros, en cambio, de puertas adentro, le exigiríamos al autor alguna mayor precisión en ciertas fechas, porque sabemos que en ellas hay algunos errores, y hasta nos aventuraríamos a pedirle que sintetizara el desarrollo de las letras chilenas en algunos nombres más que los que han sido llevados al libro. Torres Rioseco está muchos años fuera de Chile, y la información que mantiene de las letras de su patria no es tan fresca cual se necesita para llevar a cabo la empresa de su libro. No faltan en él ni los grandes nombres ni los grandes sucesos, pero sí se le podría reprochar la generalización al tratar ciertos temas, generalización que parece provenir de que el crítico ha manejado información ajena, dispersa y, acaso, incoherente, por falta de facilidades para llevar a cabo la investigación propia, conducida con certeza.

Estas recomendaciones, repetimos, se le dirigen desde acá, ya que al lector norteamericano o mexicano no le preocupan tales o cuales ausencias ni le afligen los errores de fechas, que no tiene cómo distinguir, siempre que no sean demasiado violentos. Y el hacerlas no significa, en grado alguno, empequeñecer la empresa del compatriota que tan en alto ha sabido mantener la dignidad profesional en el difícil campo que ha preferido. Ser profesor de una importante universidad de los Estados Unidos, publicar libros en inglés y en español, convertirse en autoridad en materias de literatura iberoamericana, son logros nada fáciles que deben abonarse en

la cuenta del haber de Torres Rioseco, cuya competencia en ciertas materias es aceptada por todos cuantos las manejan. Nos referimos a la novela americana de lengua española, sobre la cual el autor llevó a cabo, hace ya años, una exploración sistemática bajo el auspicio de la fundación Guggenheim. Los libros que de allí salieron bastan para cimentar el nombre de Torres Rioseco entre los más serios expositores de la realidad literaria de este continente.

Breve Historia de la Literatura Chilena poco nuevo puede acaso decir al lector de Chile, sobre todo si éste algo sabe de la materia circunscrita por el título; pero es de innegable utilidad para llevar el nombre del país más allá de sus fronteras y para que, en fin, se acepte que él produce no sólo salitre, lana y cobre, sino también una literatura que es fiel reflejo de las inquietudes espirituales del pueblo que lo habita.

2

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ

El Misterio de los Hititas, por C. W. Ceram. Traducción del alemán por Jaime Gascón. Ediciones Destino. Barcelona, 1957.

Al finalizar su libro "Dioses, Tumbas y Sabios", C. W. Ceram escribía en 1949: "En la región de los hititas y en el valle del Indo se vienen haciendo, de algunos decenios a esta parte, excavaciones serias y con éxito. Habrá, pues, que escribir algún día el libro correspondiente a estas exploraciones". Ese "algún día" ha llegado, mejor dicho, llegó hace dos años. En 1955 Ceram publicó en alemán su información acerca del descubrimiento del imperio hitita, con el título "Enge Schlucht und schwarzer Berg" (Desfiladero angosto y montaña negra). En julio de 1957 apareció en castellano esta misma obra con el título "El misterio de los hititas".

Puede parecer extraño, en un primer momento, a quienes tienen un trato científico con la historia antigua preclásica, que nosotros nos detengamos en una publicación hecha por un divulgador, es claro, serio, pero de todos modos un divulgador y no un historiador o un arqueólogo. Sin embargo, algunas consideraciones,

que pueden servir de introducción a la presentación del libro que nos interesa comentar, permitirán esclarecer cualquiera duda o sorpresa.

Creemos que no nos equivocamos si afirmamos que por primera vez se escribe, en lengua castellana, una obra dedicada exclusivamente a las excavaciones arqueológicas y a la historia de los hititas; aún más, son escasos, en otras lenguas, los estudios dedicados exclusivamente a los hititas. Pero esto no significaría nada si la obra no estuviese escrita con seriedad y de acuerdo a los más recientes estudios, consultando una completa bibliografía especializada. Pues bien, el estudio de Ceram acerca de los hititas, aunque no toca directamente a una descripción de la civilización hitita, es decir, a un estudio de la religión, del derecho, del arte, de las costumbres, si no se detiene especialmente en las excavaciones arqueológicas, en el desciframiento de las diferentes escrituras hititas, en los problemas cronológicos, en la historia política del Imperio Hitita, cumple, en general, con las exigencias de carácter científico.

Con Ceram no ocurre lo que, nos parece, acontece con otros divulgadores de la historia antigua: el satisfacerse sólo con la lectura de varios manuales de historia y de arqueología, para luego resumir y exponer amenamente a los lectores no especializados el tema que desarrollan. Es indiscutible que Ceram hace algo más que eso: por lo menos lo podemos afirmar con relación a su manera de preparar su obra acerca de los hititas. Estuvo con los principales arqueólogos que excavan en Anatolia, participando en las temporadas de trabajo; asistió a un Congreso de especialistas; su obra fué revisada por historiadores de primer rango, como lo son el profesor H. Th. Bossert y la doctora Margarete Riemschneider.

En la Introducción, el autor declara que no va "a relatar aventuras emocionantes", sino que va a dar a conocer cómo fué posible "el sorprendente descubrimiento de la civilización de los hititas". Aunque el libro de Ceram tiene vacíos y afirmaciones que nos parecen, apoyándonos en otros investigadores (Hrozný, Delaporte, Contenau, Moortgat), dudosas y discutibles, especialmente la III Sección o Libro denominado "El enigma del poder", de todos modos, los fines de la obra están cumplidos ampliamente: dar a conocer en un estilo sencillo y claro (gra-

cias al traductor hemos podido sentirnos muy cerca del original escrito en alemán) cómo los arqueólogos, en 50 años, desenterraron un imperio que floreció en el II milenio A. C. y cómo, gracias a estos excavadores y a los traductores de las inscripciones hititas cuneiformes y jeroglíficas, los historiadores han podido, en los últimos años, describir la curva histórica del pueblo hitita desde un 2000 A. C. hasta el 717 A. C.

En primer lugar, describiremos el libro y resumiremos algunas de las informaciones que nos proporciona Ceram, por ser éstas desconocidas, aun para muchos estudiosos, y luego nos detendremos a examinar ciertas afirmaciones del autor y, a veces, a llenar algunos vacíos que ha dejado.

El libro "El misterio de los hititas" consta de 283 páginas y está dividido en 4 secciones o libros más un Apéndice: I) El Enigma de la Existencia; II) El Secreto de las Inscripciones; III) El Enigma del Poder, y IV) El Secreto de la Supervivencia. El apéndice se compone de una tabla cronológica, una bibliografía —una de las más completas que conocemos—, un índice de nombres y de notas acerca de las ilustraciones y su procedencia (64 ilustraciones dentro de texto y 48 fuera de texto).

El Enigma de la Existencia, compuesto de 3 capítulos: 1) Presentimiento y Revelación; 2) La Biblia y las Nuevas Investigaciones, y 3) Winkler investiga en Bogazköy, describe los viajes de Charles Félix Texier en la primera mitad del siglo XIX por el interior de Anatolia y su encuentro en los alrededores de la aldea de Bogazköy, con ruinas y relieves extraños y desconocidos. En 1839, Texier publicaba su "Description de l'Asie Mineure", en donde afirmaba que un pueblo de gran fuerza de voluntad, de que eran pruebas evidentes las ruinas de Bogazköy, era totalmente desconocido de los arqueólogos del siglo XIX. Ceram comenta: "En realidad, para la ciencia no dejaba de ser un duro golpe, una grave contrariedad, todo lo que Texier ponía de manifiesto".

Luego, otros viajeros visitaron las ruinas anatólicas; también en Siria se encontraron monumentos e inscripciones que se relacionaban con las halladas en Asia Menor. En 1879, Archibald Henry Sayce daba una conferencia ante la Society for Biblical Archaeology y declaraba "que todos los monumentos e inscripciones de un

carácter determinado que habían sido descubiertos durante las últimas décadas en el Asia Menor y en el Norte de Siria debían ser atribuidos a los hititas, o sea, un pueblo que la Biblia cita, pero que hasta entonces nadie se había tomado la molestia de investigar, por no habersele concedido la más mínima importancia". En 1884 —en medio de una violenta polémica— aparecía un libro escrito por William Wright titulado "El gran imperio de los hititas con el desciframiento de las inscripciones hititas por el profesor A. H. Sayce". Puede decirse, afirma Ceram, que con este libro debutó la historia de la hitología, "desde entonces, lentamente, pero con paso seguro, nació, por decirlo así, esta ciencia netamente especializada como subdivisión de la arqueología oriental".

Hasta ese entonces, especialmente la Biblia, citaba al pueblo de los hititas. También las Crónicas de los asirios aludían al país de Hatti o Chatti, y las inscripciones egipcias relataban sus luchas con los Heta. Pero todas estas citas no bastaban para confirmar la existencia histórica de un Imperio hitita y de una civilización cuya influencia efectiva se habría extendido desde el Mar Egeo hasta los confines orientales de Anatolia.

Los mismos investigadores que defendían la existencia de tal Imperio, dice Ceram, sostenían hipótesis errónea, como por ejemplo, aquella que afirmaba que "los hititas pertenecían a un pueblo oriundo del Norte de Siria y que por motivos ignorados se había ido desplazando progresivamente hacia el interior de Anatolia". Pues bien, el descubrimiento de las tabletas de Tell-el-Amarna hecho en 1887, aclaró muchos problemas y permitió poner de manifiesto que el Imperio hitita era no solamente una gran potencia en el II milenio A. C., sino que contrariamente a lo que se había creído, sus habitantes no eran originarios del Norte de Siria. Además, una de las cartas encontradas había sido dirigida por un rey hitita, Shubuiliumas, al rey Amenhotep IV (Akenatón); esto permitía intercalar con cierta exactitud a un rey hitita en un determinado período histórico de Egipto (siglo XIV A. C.).

Al año siguiente del fortuito descubrimiento de las cartas de Tell-el-Amarna, en 1888, Karl Humann y Félix von Luschan iniciaban excavaciones en Turquía. La expedición bien dirigida y con medios financieros importantes, con un ma-

terial de trabajo para equipar a 170 obreros, aportó, sin embargo, datos insignificantes para el esclarecimiento del problema hitita. Ceram hace notar lo anterior y escribe a continuación: "Siendo así que otra, organizada pésimamente 20 años después, tiene en su haber descubrimientos verdaderamente sensacionales, los cuales permitieron poner definitivamente en claro el papel que habían desempeñado los hititas en la historia del Próximo Oriente".

Todo el capítulo III está dedicado a las excavaciones de Hugo Winckler en Anatolia. Mas, no siempre el relato es científico y sobrio; en Ceram, a veces, aparece el periodista que sabe captar los menores detalles de carácter anecdótico; al referirse a las compras que realizaba la expedición en Angora, escribe: "Las compras duraron tres días y Winckler, de carácter poco acomodaticio, sufría mientras tanto lo indecible y tanto regateo le volvía loco... A falta de un buen caballo tuvieron que contentarse con vulgares jamelgos y para cabalgar —Ceram cita a Winckler— 'tuvimos que recurrir a unos instrumentos diabólicos que todavía se emplean en Oriente, pero que en Europa podrían, con razón, figurar en una cámara de tortura'".

Winckler era un arqueólogo, pero también un buen conocedor de las lenguas orientales; así las tabletillas encontradas en las campañas y que estaban escritas en acadio, lengua conocida por los investigadores, iban siendo descifradas inmediatamente por el arqueólogo-filólogo. Una de las tabletillas más importantes halladas por la expedición, en 1906, fué la carta que Ramés II había enviado al rey Hattusil a propósito del pacto entre ambos soberanos. "La contemplación de aquel documento único —dice Winckler en su diario— me sumió en una gran agitación... tenía verdaderamente en mi poder uno de los instrumentos del tratado en bellos caracteres cuneiformes y en buen lenguaje babilónico".

La abundancia de tabletillas encontradas hizo pensar a Winckler que se encontraba en el lugar donde se había levantado la poderosa capital del imperio hitita, Hattusas o Hatti; y en verdad no se equivocó.

"En el año 1907 publicó Winckler su información preliminar, en la que daba cuenta de los resultados de las excavaciones y de los primeros descifres de las ta-

billas, con la primera lista, todavía incompleta, naturalmente, de los reyes hititas del período comprendido entre los años 1350 y 1210 A. C."

En 1910, un joven arqueólogo inglés, John Garstang, publicó en Londres el libro "The Land of the Hittites" en él trató de ofrecer una idea de conjunto de la civilización hitita de acuerdo a las últimas investigaciones. Este libro, asegura Ceram, ha sido considerado durante muchos años como la Biblia de la Hititología.

Con la actuación de Winckler se había logrado leer las tabletillas escritas en lengua acadia, mas, existían miles de documentos que estaban escritos especialmente en cuneiformes hititas y también en jeroglíficos hititas.

"Cuando en 1913 falleció Winckler, fueron encontradas en su testamento algunas alusiones a sus tentativas de descifrar la escritura hitita cuneiforme, pero los manuscritos no aparecieron en ninguna parte. Luego estalló la primera guerra mundial, y las excavaciones quedaron interrumpidas bruscamente". Mientras no se lograra descifrar la escritura hitita cuneiforme, que cubría la mayoría de las 13.000 tabletas y fragmentos exhumados de los Archivos Reales, el conocimiento de la historia hitita sería muy parcial. En medio de la guerra, un estudioso checo logró descifrar las cuneiformes hititas.

Todo el II Libro o Sección "El Enigma de las Escrituras", compuesto de 3 capítulos: "Del arte de descifrar"; ¿"Qué lengua hablaban los hititas?"; "Nada puede descifrarse de la nada", está dedicado al problema filológico. Los tres capítulos demuestran la habilidad de Ceram para presentar los difíciles problemas lingüísticos de una manera clara y sencilla, lo que hace posible que la comprensión de estas cuestiones esté al alcance de personas no especializadas: Ceram sabe que se enfrenta a capítulos difíciles de escribir, advierte al lector: "Ni con la mejor buena voluntad del mundo es posible describir en pocas palabras los principios fundamentales de este arte, digamos diabólico, siendo preciso que el lector preste toda su atención".

En diciembre de 1915, la revista "Comunicaciones", de la Sociedad Oriental Alemana, publicó bajo la firma del Dr. Bedrich Hrozný, el artículo titulado "La solución del problema hitita. Informe preliminar". El gran descubrimiento de Hrozný consistió en darse cuenta que la lengua

hitita presentaba formas gramaticales típicas del grupo Kentum de las lenguas indoeuropeas, es decir, del grupo de las lenguas europeas occidentales. Una de las primeras frases descifradas por Hrozny fué la siguiente: *Nu ninda-an ezzateni vadar-ma ekutteni*. Al examinarla solamente comprendió el signo cuneiforme "ninda" que a menudo significaba "pan".

Apoyándose en otros pasajes encontró que la terminación -an designaba el acusativo singular de ninda. Ahora bien, en una frase donde se trataba de pan se podía esperar descubrir la palabra "comer". Observando la raíz de "ezzateni" y de su derivado "adanzi" (ad-ezza) y relacionándola con el latín "edo" y el alemán "essen" comprendió que ella era una forma verbal que significaba "vosotros comeréis". La proposición que venía en seguida (vadar-ma ekutteni) parecía paralela a la primera: comprendía un sustantivo, una partícula y una forma verbal en -teni. La palabra "vadar" recordó a Hrozny el alemán "Wasser", el inglés "water" y el checo "vada": significaba, pues, "agua". Así como la palabra pan había pedido el verbo comer, la palabra agua podía pedir el verbo beber, éste no podía ser otro que "ekutteni": "vosotros beberéis". Así, toda la frase podía ser traducida de la siguiente manera: "Ahora vosotros comeréis pan, luego vosotros beberéis agua".

En posesión de esta clave, Hrozny descubrió gran cantidad de analogías entre el cuneiforme hitita y las lenguas indoeuropeas occidentales.

El desciframiento de las cuneiformes hititas fué perfeccionado por un grupo de sabios, tales como F. Sommer, J. Friedrich, A. Goetze, L. Delaporte, etc. Más aún, no estaba definitivamente resuelto el problema filológico hitita: todavía quedaba un tercer grupo de tabletillas e inscripciones escritas en jeroglífico hitita, y encontrados especialmente en Carquemis y en menor escala en Siria y Anatolia, que no podían ser leídas. El capítulo "Nada puede descifrarse de la nada" está reservado a los intentos de muchos investigadores, comenzando por Archibald H. Sayce, por descifrar los jeroglíficos.

Sólo cuando en 1946 se descubrieron algunos textos bilingües (jeroglíficos hitita y fenicio) pudo el profesor Helmuth Th. Bossert iniciar el desciframiento final. Hasta esa fecha sólo se habían logrado descifrar algunos jeroglíficos, nombres de ciudades,

de reyes (por ejemplo, el nombre del rey Shubiluliumas, en 1936, logrado por Bittel y Güterbock). Nos agradecería rectificar por primera vez a Ceram: ya el profesor Hrozny había dado en su obra "Les Inscriptions hittites hieroglyphiques" (Praga, 1932-37) la traducción de alrededor de 90 inscripciones jeroglíficas, haciendo ver que los jeroglíficos hititas eran también una lengua indoeuropea del grupo Kentum, estrechamente emparentada al hitita. Esto demuestra que la actuación de Hrozny con relación al desciframiento de los jeroglíficos fué más importante que lo que Ceram manifiesta.

Antes de relatar los descubrimientos del profesor Bossert y la solución del problema jeroglífico hitita, Ceram se detiene a dar un resumen de la historia de los hititas. Este resumen forma el III Libro o Sección. Ahora bien, como ya lo hemos adelantado, nosotros no nos detendremos en este Libro, sino después de haber resumido el IV Libro. La razón es sencilla y conocida: la III Sección o Libro titulado "El Enigma del Poder" presenta problemas que no se encuentran en las otras secciones, y que nos agradecería discutir con relativa extensidad.

La última Sección o Libro está compuesto de 3 capítulos: 1) "Descubrimiento en la Montaña Negra"; 2) "Así hablaba Asitawanda", y 3) "El Futuro".

En 1947, en Karatepe, Bossert descubrió inscripciones fenicias y jeroglíficas hititas. Podía pensarse que se había encontrado por fin un texto bilingüe. Lo primero que hizo el profesor Bossert fué enviar el texto fenicio a los más eminentes semitólogos, es decir, a Johannes Friedrich, de Berlín, a Dupont Sommer, de París, al padre O'Callaghan, de Roma, y finalmente, a R. D. Barnett, de Londres. Se supo así que el autor de la inscripción fué un rey cuyo nombre se escribía Z T W D (Asitawanda). "El hecho observado por Friedrich de que se trata de un texto fenicio arcaico, pero sin interpolaciones arameas, permitió cronologar al reino de este soberano en el siglo VIII A. C. (730 A. C.).

Luego de ser descifrado el texto fenicio, era necesario tratar de descifrar el hitita, mediante la comparación de los signos jeroglíficos con los fenicios. Pero el problema, escribe Ceram, era sumamente difícil, "pues, para empezar nada podía probar el carácter bilingüe de los hallazgos, dado que para 3 inscripciones fenicias se

disponía de 2 textos hititas, pero es que, además, estos últimos estaban de tal modo esparcidos al azar sobre los diferentes ortostatos de la puerta y en varias esculturas de los edificios, que no había manera de saber por donde empezar". Mas, un alumno de Bossert logró encontrar la solución del problema "de un modo literalmente sonambulesco". Franz Steinherr, de extraordinarias dotes lingüísticas, demostró que sobre el cuerpo de una esfinge bien conservada había una inscripción hitita, en donde aparecía el nombre del rey Asitawanda. "Ya no cabía la menor duda de que las inscripciones fenicias y las hititas se referían a un mismo soberano". Quedaba por demostrar que la una era traducción literal de la otra. Y esto también lo logró Steinherr. Encontró en el texto hitita una frase que correspondía exactamente al texto fenicio: "Y yo he hecho (ir) caballo con caballo...". Relata Ceram: "De repente despertó sobresaltado, si es que realmente dormía; se sentó en la cama y percibió ante sí con la mayor claridad un fragmento de la inscripción hitita, seguida de dos cabezas de caballo, una detrás de la otra". Conocido lo anterior, Bossert acometió el desciframiento definitivo de los jeroglíficos hititas. Así, después de 70 años de investigaciones, la lectura de los jeroglíficos hititas no presenta, hoy día, mayores dificultades. Y esto ha sido posible gracias al descubrimiento de los textos bilingües en Karatepe, en la Montaña Negra, a orillas del río Ceyhan.

Sólo nos falta preocuparnos del III Libro o Sección. Está formado por 4 capítulos: 1) Los Reyes de Hattusas; 2) La ciencia de los datos históricos; 3) La batalla de Kades y la paz perpetua, y 4) La ciudad y el campo. El pueblo y las costumbres.

Ceram, en primer lugar, inicia el capítulo dedicado a los "reyes de Hattusas", con algunas nociones elementales de qué se entiende por "Historiografía". Son 2 páginas poco afortunadas, que demuestran que el autor de ellas no tiene una seria formación de la Teoría de la Historia. En general, los 4 capítulos que forman el III Libro hacen ver que Ceram es un buen divulgador, serio para ser un divulgador, pero no lo bastante para ser un historiador.

Al referirse a los movimientos de pueblos que tuvieron lugar en Asia Menor a fines del III milenio y al relatarnos la lle-

gada del pueblo hitita, Ceram simplifica los acontecimientos de manera alarmante. Permitásenos exponer algunos hechos importantes que son pasados por alto en la obra de Ceram y que se encuentran expuestos en recientes estudios históricos. *Primero*, el centro del Este de Asia Menor fué poblado desde comienzos del III milenio, al menos por los hatites, así llamados por el nombre de su capital Hati. La lengua de los hatites era la hatili, es decir "lengua de la ciudad de Hati". Esta lengua fué en antigüedad para el Asia Menor lo que sumérica para Mesopotamia. La lengua hatili o hatite no es ni indoeuropea ni semita, parece ser una lengua caspiana. *Segundo*, las invasiones indoeuropeas de la rama occidental se realizaron con diferencias de siglos entre un pueblo y otro; de acuerdo a las inscripciones hititas cuneiformes y jeroglíficas y en viejo asirio podemos individualizar los siguientes pueblos indoeuropeos que se radicaron en Asia Menor: los hititas cuneiformes o *nesitas*, los *luitas*, los hititas jeroglíficos o *kushsharitas* (cuya existencia defiende Hrozny apoyándose especialmente en elementos filológicos) y los *palaitas*. *Tercero*, los hititas cuneiformes se llamaban *nesitas* o *nashili*. Este nombre proviene de la capital de este pueblo, llamada *Neshash*. Son varios los textos que confirman lo anterior. Los hititas cuneiformes o *nesitas* llegaron a Asia Menor hacia el 1900 A. C., cuando ya estaban radicados en la península, fuera de los hatitas o protohititas los hititas jeroglíficos y los *luitas*. *Cuarto*, los *luitas* habrían llegado al Asia Menor hacia el 2300 A. C., radicándose en el S. E. de la península, en el país de Arzawa (Cilicia). *Quinto*, hacia el 2200 A. C. aparecen los hititas jeroglíficos, siendo su capital la ciudad de *Kushhar*. Su lengua pertenece al grupo *Kentum* de las indoeuropeas. Dominaron, parece, a los hatitas a fines del III milenio, para luego dar paso a los *nesitas* o hititas cuneiformes. Después de la caída del imperio hitita, reaparecerá la lengua hitita jeroglífica, dominando la época que se extiende desde el 1200 A. C. hasta el 717 A. C. *Sexto*, el pueblo de los *palaitas*, cuya lengua, el *palaish*, se menciona en los textos cuneiformes de *Bogazkeui*, habría ocupado, según A. Moortgat, el territorio que más tarde se llamó *Plafagonia*. *Séptimo*, en general los hititas indoeuropeos estaban mezclados con los subarreos, que no eran indoeuropeos, pero que son una

especie de pueblo de ligazón entre el grupo oriental y el grupo occidental de los indoeuropeos.

A continuación de declarar que los hititas llegaron al Asia Menor, Ceram esboza la obra de los reyes hititas desde Labarna hasta Telebino, señalando, entre otras cosas, acertadamente, el valor literario y político del texto denominado "Las lamentaciones del rey Hattusil I" (1650-1620 A. C.).

Cuando llega al gobierno de Telebino, Ceram se detiene para explicar al lector un complicado problema cronológico. "Hace dieciocho años, los arqueólogos situaban a Telebino entre los años 1620-1600 A. C., mientras que doce años antes Forrer había fijado el año 1775. Según esta cronología, los textos siguientes de que disponemos se interpolan en una fecha alrededor del año 1430, o sea, que después del reinado de Telebino, se habría extendido un período de dos siglos, durante el cual aparentemente no habría sucedido lo que se dice nada, no habiendo sido posible encontrar ningún documento, ninguna inscripción, ningún objeto hitita que a él se refiera". Es indiscutible que el autor acierta en señalar el problema, y al dedicarle un capítulo entero a la cuestión cronológica del Cercano Oriente y de Egipto comprende que la cronología hitita depende, en gran parte, de la fijación temporal exacta de los hechos mesopotámicos y egipcios.

En primer lugar, Ceram hace ver que los "sucesos más importantes del primer milenio antes de J. C., tal como los relata la historia, pueden considerarse como seguros, siendo, además, también exactas las fechas que se les atribuyen. Pero cuanto más atrás nos remontamos, es natural que disminuyan los datos que se refieren a los hechos conocidos". Lo anterior es válido sólo en parte: la cronología egipcia de las dinastías XXI, XXII, XXIII, XXIV y XXV, es decir, el período comprendido entre el 1085 al 663 A. C., no está fijada aún con exactitud, además de que el orden de sucesión de los reyes es impreciso (véase J. Vandier y E. Drioton: "L'Égypte", 1952, col. Clío, pág. 565).

Luego nuestro autor se detiene en forma muy general, en los problemas que presentan las "listas reales" suméricas y babilónicas, las "listas epónimas" asirias, las "crónicas" babilónicas, para poder fijar los acontecimientos del segundo y tercer milenios. Justamente hace notar que el

método comparativo, apoyado en documentos que permiten algunos sincronismos, por ejemplo, entre la historia babilónica y asiria, ha permitido ir fijando algunos acontecimientos en el tiempo histórico; y a continuación afirma: "El método comparativo, sin tregua ni reposo alguno, siempre en pos de más sincronismos a la larga habría acabado por perder todo su valor si no hubiera desbordado pronto el marco de la historia asirio-babilónica". Nada más justo que lo anterior. Pero la siguiente afirmación merece, en parte, algunos reparos: "Fueron, en efecto, los egiptólogos quienes facilitaron a los asiriólogos las primeras fechas exactas... la tarea de los egiptólogos fué relativamente fácil, pues el material epigráfico de que disponían era realmente considerable... Además, en la relación escrita por el sacerdote egipcio Manetón, los egiptólogos disponen de un cuadro sinóptico del pasado egipcio... A pesar de todas sus deficiencias, se trata de un documento digno de crédito, que ofrecía una base cronológica seria...". Parecen extrañas estas afirmaciones, pues no hacen justicia a los egiptólogos, especialmente a aquellos que se han enfrentado al difícil y complicado problema cronológico. ¿Manetón, una base cronológica seria? Dejando de lado a algunos defensores de la "cronología larga" del siglo pasado y comienzos del presente, no existe un egiptólogo que afirme lo anterior. Ya Eduardo Meyer (un historiador tan respetado por Ceram), en 1904, en su *Cronología Egipcia*, dejaba de lado las fantásticas fechas de Manetón. Ahora bien, desde hace algún tiempo nos hemos estado preocupando del problema cronológico egipcio y esto nos permite darnos cuenta que la afirmación de Ceram, que dice que la tarea de los egiptólogos fué relativamente fácil, no tiene base alguna. Por último, podríamos asegurar categóricamente que ha sido la fijación exacta de los acontecimientos sumero-babilónicos del segundo y tercer milenios los que han permitido, en parte, reducir las fechas egipcias y, por lo tanto, asegurar una base científica a la "cronología corta": así las nuevas fechaciones para Hamurabi y los períodos protohistóricos de Sumeria han permitido fechar los comienzos del período dinástico en Egipto hacia el siglo XXIX A. C. (Alexander Scharff ubica a Menes en el 2850 A. C.).

El capítulo termina con breves nociones acerca del carbón 14 y de su gran im-

portancia para fechar acontecimientos históricos y culturas prehistóricas. La afirmación de Ceram de que "esta maravilla de la ciencia moderna (carbón 14) redundará sobre todo en beneficio del estudio de la prehistoria", debe ser considerada sólo en parte valedera: de acuerdo a los datos que tenemos, "la prueba del radio-carbón se puede aplicar solamente a la que fué materia orgánica hace menos de 41.000 años" (A. Houghton Brodrick, "El Hombre Prehistórico", F. C. E., 1955, pág. 88).

Resuelto el problema de la desaparición temporal de la civilización hitita, por la sencilla razón de que tal desaparición nunca existió (se trataba de reducir las fechas de los reyes hititas en doscientos años), Ceram continúa su exposición histórica con el Nuevo Imperio Hitita -1460-1200 A. C.— (el Antiguo Imperio está ubicado entre 1900-1460 A. C.). El principal acontecimiento destacado es el encuentro entre el imperio hitita y el imperio egipcio y, en especial, la batalla de Kadesh. Con relación a esta última, queremos señalar que no hay seguridad completa del triunfo de las armas hititas sobre Ramsés II. Lo que es indiscutible es que Ramsés II no venció; pero de aquí a una derrota hay un gran paso. Sin embargo, Ceram hace lo inimaginable por demostrar la gran derrota de los ejércitos egipcios. Podríamos agregar que el tratado de paz firmado por Ramsés II y Hattusil II, y las bodas de Ramsés II con una hija de Hattusil demuestran un equilibrio de fuerzas que no habría podido ser posible si la batalla de Kadesh no hubiese quedado indecisa.

Luego de describir los gobiernos de Shubuiliuma, Mursil I, Muwatallis y Hattusil III (período comprendido entre los años 1375-1250 A. C.), el autor muestra cómo por consecuencia de una nueva invasión, el imperio hitita desapareció violentamente: los "pueblos del mar", hacia el 1200, aplastaron el imperio antes de pasar al corredor sirio-palestino para continuar a Egipto. Pero el pueblo hitita subsistió y siguió actuando, a pesar de la destrucción del gran imperio de Hatti: éstos son los hititas jeroglíficos, llamados también neohititas o hititas-sirios.

El capítulo dedicado a esbozar los rasgos culturales más importantes de los hititas termina con una afirmación muy discutible: "El imperio hitita del II milenio A. C. es el fenómeno político más sor-

prendente y el más grandioso de la historia antigua, pero en el plano cultural, contrariamente a lo que suponían muchos arqueólogos en un principio, cegados por el entusiasmo del descubrimiento, su papel como puente o lazo de unión entre Mesopotamia y Grecia carece totalmente de importancia". La primera parte de la afirmación nos parece justa, mas, la segunda, justamente por ser tan categórica, muy dudosa. Uno de los mejores especialistas, ya citado por nosotros varias veces, Bedrich Hrozný, afirma en su "Histoire de l'Asie Antérieure, de l'Inde et de la Grèce": "Les anciens Hittites, en possession de toutes les facultés propres aux Indo-Européens et tout pénétrés de l'admirable culture babylonienne, ont été les meilleurs des intermédiaires entre l'Asie et l'Europe, c'est-à-dire, en l'espèce, les égéens, la Grèce et Rome".

Es indudable que la interesante obra de Ceram debería ser analizada aún más; ideas como "en el segundo milenio antes de J. C." existió un imperio hitita, pero no por eso puede hablarse de una cultura hitita", estimulan a cualquier estudioso de la historia antigua del Cercano Oriente a ponerlas a prueba, mas, el hacerlo aquí nos llevaría muy lejos.

Por ahora bastará lo hecho y recomendar la lectura del libro de Ceram como necesaria para obtener una información arqueológica e histórica introductoria del Reino Hitita.

3

SERGIO VILLALOBOS R.

Situación y Perspectiva de Chile en septiembre de 1957, por Alain Girard, Raúl Samuel. Universidad de Chile, Instituto de Sociología. Santiago, 1958.

Hasta nuestros días se ha dado escasa importancia en Chile a los estudios sociológicos. Esta ciencia, acaso por ser aún muy joven, ha quedado excluida de los programas oficiales, contrastando este abandono con la importancia que ha ido adquiriendo en Europa y Estados Unidos. En los últimos años la Universidad de Chile ha dado algunos pasos para iniciar en forma sistemática el estudio de la Sociología, siendo el libro que comentamos uno de los primeros frutos obtenidos en el campo de la investigación.

El nombre de los autores es por sí solo una garantía de la seriedad del trabajo. El profesor Alain Girard, considerado la más alta autoridad en la especialidad de Opinión Pública, es jefe de la Sección de Psico-Sociología del Instituto Nacional de Estudios Demográficos de París y viajó a Chile invitado para participar en esta investigación. El profesor Raúl Samuel cuenta con extensos estudios de Sociología y viajes de perfeccionamiento en el extranjero. El plan del trabajo y su dirección corrió a cargo de ellos, contando con la colaboración del profesor Juan Salinas y de un grupo de encuestadores rigurosamente seleccionados.

La obra nos presenta la opinión que sobre problemas actuales del país tiene la población de Santiago. El total de personas entrevistadas sube a la cantidad de 1640, que cubren las más diversas gamas de edad, profesión, situación económica, cultura, etc., siendo, por lo tanto, una muestra bien matizada de la población. El método seguido para captar la opinión pública fué bastante riguroso, considerándose hasta los menores detalles para evitar lo accidental, condición indispensable para generalizar los resultados.

Como ejemplo de la minuciosidad con que fué preparado el trabajo, tenemos la realización de una encuesta preparatoria que permitió corregir errores y seleccionar a los encuestadores. Para comprobar el rigor del método basta señalar que de 199 encuestadores inscritos, después de la encuesta preparatoria quedaron en funciones solamente 92, menos de la mitad. Al resto "se le rogó no continuar", como dicen con toda gentileza los autores.

Los problemas hacia los cuales se dirigió la investigación fueron bastante variados, como lo sugiere el título mismo de la obra, acaso un poco ambiguo: *Situación y Perspectiva de Chile en septiembre de 1957*; pero en verdad los puntos estudiados corresponden a los temas que mayor preocupación causan a la población. Las personas entrevistadas debieron dar sus ideas respecto a la cantidad de habitantes de Chile y de Santiago, el ausentismo, las condiciones de alojamiento, los medios de transporte, el sistema educacional, la situación económica familiar y del país, las relaciones internacionales, etc. Cada uno de los aspectos incluía varias preguntas, que han permitido a los autores presentar los datos desde diferentes puntos de vista según la edad de las personas,

su sexo, su situación económica o su cultura, y llegar a conclusiones muy interesantes.

En muchas ocasiones los resultados coinciden con la idea que cada uno tiene sobre lo que piensa el público y no faltará quien se pregunte de qué sirve una investigación que solamente confirma lo que cada cual sabe. Aun cuando así fuere, hay que tomar en cuenta que la idea recogida en el diario vivir no tiene nunca el grado de certeza que una encuesta metódica. Ahora sabemos estadísticamente lo que se piensa sobre determinados problemas.

Sin embargo, muchas de las conclusiones del trabajo son sorprendentes. Así, por ejemplo, respecto a la simpatía que los chilenos sienten por los países latino-americanos, las corrientes respecto a la Argentina aparecen más o menos equilibradas. Un 27% no siente simpatía por ese país y un 30% siente simpatía. Resulta paradójico; cualquiera hubiera creído que dado el carácter de los argentinos y las resistencias que provocó en Chile el anterior gobierno de aquel país, la simpatía hubiese sido mucho menor.

¿El trabajo de los profesores Girard y Samuel es solamente de tipo expositivo? ¿Es nada más que una muestra bien organizada de datos? Nos atrevemos a afirmar que sí, pues la explicación de los fenómenos es demasiado sumaria y se diría que ni siquiera pretende serlo. Ese fué el plan de los autores y aunque es legítimo, cabe de todos modos preguntarse si la explicación de los hechos no hubiese elevado enormemente el interés del libro y le hubiese dado un mayor rango científico.

Si se buscasen las causas que han determinado las variaciones de la opinión en uno u otro sentido, habría que recurrir forzosamente a la historia. Muchos de los fenómenos observados encuentran en el pasado de nuestro país una explicación precisa. Veamos, por ejemplo, el mismo caso de la Argentina.

Según los datos obtenidos, la simpatía hacia aquella nación se encuentra preferentemente entre la gente de edad, mientras que la ausencia de simpatía aparece más bien entre los jóvenes. La razón es muy sencilla. Las personas que tienen más de cincuenta años han vivido un período que ha sido de paz y confraternidad con el país trasandino. Corresponió al gobierno de Errázuriz Echaurren (1896-1901) solucionar los problemas limítrofes, que culminaron con el arbitraje del Rey de In-

glaterra. Posteriormente, en 1902, se firmaron los Pactos de Mayo, que acordaron someter a arbitraje los litigios que pudieran suscitarse y reducir los armamentos a una discreta equivalencia. Finalmente se firmó el tratado del A. B. C. en 1915, que ratificó la amistad con el país hermano. Cabe señalar también que en 1910, al celebrarse el centenario de la independencia de Argentina y de Chile, se exteriorizaron una vez más los sentimientos de cordialidad.

Bajo la impresión de aquellos sucesos y sin verdaderas causas de enemistad, han vivido las personas de edad.

No sucede lo mismo con los jóvenes. Ellos no vivieron aquella época, ni participaron de sus esperanzas y en cambio han tenido que palpar en los últimos años la prepotencia de la antigua dictadura argentina que tuvo vergonzosas amplicancias con políticos y aventureros chilenos que llegaron a comprometer el honor nacional.

Creemos que ésas pueden ser las razones históricas del fenómeno, sin desechar otras que es posible allegar.

Así como la historia puede dar la clave de muchas explicaciones, también las investigaciones sobre opinión pública pueden ser auxiliar valioso para la historia, fuera del interés que tienen para la sociología.

El libro que reseñamos es la primera investigación que sobre opinión pública se hace en Chile. Esperamos que sea el primer eslabón de una cadena que ha de continuar. La investigación se refiere solamente a septiembre de 1957 y está limitada a ciertos aspectos. En el futuro será interesante ver qué variaciones ha tenido la opinión pública y considerar nuevos problemas.

4

JOSÉ ZAMUDIO

Rubén Darío a los veinte años, por Raúl Silva Castro. Madrid, Edit. Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1957. 296 pp.

El autor de *Azul...* ha vuelto otra vez a España, bajo la forma de un libro que se muestra en estos días en los escaparates de las librerías de Madrid. Se trata de *Rubén Darío a los veinte años*, por el escritor chileno Raúl Silva Castro, editado

por la Editorial Gredos en su Biblioteca Románica Hispánica que dirige Dámaso Alonso, ampliamente conocido en el mundo hispánico, a través de notables estudios lingüísticos y críticos en torno de la literatura de su patria y de la hispanoamericana.

El investigador chileno, autor del libro que comentamos, pertenece al grupo fervoroso que en los últimos años ha estudiado y avanzado en el conocimiento relativo a la vida y obra del poeta de Nicaragua, grupo que en Chile, sólo para nombrar a algunos, cuenta con Francisco Contreras, Armando Donoso, Julio Saavedra Molina y Arturo Torres Rioseco.

Silva Castro, con todo, se destaca por la pertinacia y la larga "pesquisa de veinticinco años", son sus palabras, que le ha dedicado al tema dariísta, en especial, las relaciones de Darío con Chile. Basta citar sólo sus *Obras desconocidas de Rubén Darío escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros* (1934), que se puede decir que es el antecedente necesario del libro que comentamos, después de una lectura que hemos hecho de él, recién hemos llegado a Madrid.

El tema de la presente obra está circunscrito a los años durante los cuales el joven poeta vivió en Chile, es decir, entre 1886 y 1889, años decisivos según muchos. El señor Silva Castro, para componerla ha indagado prolijamente en los periódicos chilenos de la época la huella de Darío. Esta labor ya le había deparado la ocasión para recoger muchísimos frutos de la pluma del poeta y que dió a conocer en la obra citada más arriba. Agréguese, además, que el investigador ha tenido a mano una serie de recuerdos de palpitante interés, escritos por amigos chilenos contemporáneos de Darío, como Luis Orrego Luco, Emilio Rodríguez Mendoza, Eduardo Poirier, Samuel Ossa Borne y otros, todos los cuales configuran la interesante intimidad humana del poeta y dibujan con expresivas tintas una época de nuestro pasado literario. Además, ha tenido ocasión el señor Silva Castro de conocer algunas cartas, muchas inéditas, que adicionan y refuerzan el dato documental.

En los diversos capítulos de *Rubén Darío a los veinte años*, el autor describe en forma circunstanciada, sin dejar vía a los juicios aventurados y a las hipótesis inde demostrables, los pasos del nicaragüense, des-

de su llegada a Valparaíso el 24 de junio de 1886; sus primeros escritos en la prensa chilena; sus amigos y el ambiente del diario *La Época*; su entrañable amistad con Pedro Balmaceda o *A. de Gilbert*; la aparición de su primera obra: *Abrojos* (ya que *Emelina*, novela de muy poco valor, pertenece más bien a Poirier y la intervención de Darío fué mínima); el empleo en la Aduana de Valparaíso (comprobado ahora con documentos fehacientes) y la redacción del diario *El Heraldo* del mismo puerto; la participación en el certamen Varela; las circunstancias que rodearon la aparición de *Azul...* y la repercusión de esta obra clave del modernismo; por último, se nos da en este libro una síntesis de las relaciones literarias de Darío y Chile, en el período posterior a su estada en este país.

Leyendo esta obra se piensa que todavía la Universidad de Chile podría auspiciar la aparición del segundo tomo de las *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, que precisamente estaba al cuidado de Raúl Silva Castro y de Julio Saavedra Molina y que un desgraciado incendio ocurrido en la imprenta en donde se estampaba dicho tomo y años después la muerte del segundo de los nombrados, gran dariísta también, postergó *sine die*. Así tendríamos la imagen completa del autor de *Prosas profanas* a los "veinte años" y las investigaciones alrededor del proceso creador del gran poeta, que acometen de vez en cuando algunos estudiosos extranjeros, podrían tener más base segura. Con todo, el libro del señor Raúl Silva Castro y los demás que le ha dedicado su devoción dariísta, forman piedra angular en el monumento literario que Chile erige al autor de *Azul...*

5

RAÚL SILVA CASTRO

Coronación, por José Donoso.

Lo propio de una novela es narrarlo todo acerca de un personaje y mentar sólo a los demás, en el grado preciso para darles individualidad. En *Coronación* el autor sigue el camino más difícil y de mayor riesgo, y esboza a la perfección los caracteres de varios sujetos. Llama la atención

en esta galería la presencia de doña Elisa, dama nonagenaria, loca, que se resiste tenazmente a morir y que en bruscas alternativas de humor se lanza contra los circunstancias como en trance de furia. A su lado discurre Andrés, su nieto, solterón, que se encandila con Estela, joven campesina traída a la casa precisamente para cuidar a aquella anciana. Mario y René, los dos ladrones, figuran también, en otro plano, entre los seres bien abocetados. Hasta personajes más menudos, como Dora, Lourdes, Rosario, quedan esbozados en estos trazos, gracias a la seguridad de maestro con que el novelista se mueve en la maraña. Y a propósito, debe señalarse la secuencia de la coronación, que da título al libro, como una página *sui generis* en la literatura chilena. Es una farsa de gran calidad literaria, un esperpento en que lo grotesco queda sublimado en aquel *ballet* donde las tres viejas se entregan inocentemente a su juego pueril (p. 273-7).

Coronación es una novela densa, en la cual se va contando con singular destreza el proceso psicológico por el cual pierde la razón Andrés. Comienza la cosa con los deseos algo extemporáneos que le acarrea la presencia de Estela; se agrava a fondo cuando descubre que ésta se ha entregado a Mario y espera un hijo de él, y hace crisis la noche del robo. Estela, delegada por los ladrones, va a entregarse a él para distraerle, pero se rebela y huye, mientras Andrés cae de golpe en la senilidad y en la locura. Horas después su abuela ha muerto.

La novela tenía por objeto mostrar a todos esos personajes en aquellas relaciones, y una vez colmados los destinos individuales no cabe prolongarla. A pesar de su aparente extensión, ha sido desarrollada con extrema economía de recursos, y casi no hay página que huelgue.

El personaje más interesante de la obra es, naturalmente, Andrés, sobre quien ha proyectado Donoso los haces de luz de su investigación sin temer ni la desnudez ni el asco. Y es curiosa singularidad que de este ser a quien vemos resbalar hacia el caos, oigamos antes algunas de las más inquietantes fugas que existen en la novela chilena. La primera es la ensoñación de la vida en Omsk. Andrés camina, de tarde, por una calle cualquiera de la ciudad, vulgar en todo, y remecido por "el terror del tiempo y del espacio", siente con claridad cuál es el secreto de la existencia humana".

El vivía, Andrés Abalos, nacido donde y cuando nació y entre la gente que nació. Eso era Omsk. Tal como la señora que regaba las flores en la ventana había nacido donde y cuando y en el medio en que nació. Rebelarse, tratar de dar un significado a la vida, hacer algo, tener cualquier fe con la cual intentar traspasar el límite de lo actual, era estúpido, pretencioso, pueril y más que nada lo eran los compromisos y las responsabilidades. Lo único razonable era la aceptación muda e inactiva. ¿Le gustaba leer historia de Francia? Leería historia de Francia. ¿Le gustaba pasear en las tardes por las calles tranquilas? Pasearía" (p. 85).

La sensación interna de confianza que le visita después de sentir, en una calle cualquiera, la realidad cósmica, es similar a la que contaba Nietzsche que le acudió cuando había logrado percibir entera su teoría del eterno retorno.

También debemos al propio Andrés, cuya razón se extravía en las páginas finales del libro, una importante definición sobre la intervención de Dios en el orden de la vida. Andrés divaga ante su amigo Carlos sobre la religión y otros temas, y como epifonema de todo lo que lleva dicho, exclama:

"¿No te das cuenta que todo no es más que un desorden, una injusticia, un juego de locura del cosmos? Si hay un Dios que vele por el destino de los hombres, no puede ser sino un Dios loco. ¿Qué locura más completa que haber dotado a los hombres de conciencia para darse cuenta del desorden y del terror, pero no haberlos dotado de algo para vencerlos? No, Carlos, no te ciegues, el único orden es la locura porque los locos son los que se han dado cuenta del caos total, de la imposibilidad de explicar, de razonar, de aclarar, y como no pueden hacer nada, ven que la única manera de llegar a la verdad es unirse a la locura total. A nosotros, los cuerdos, lo único que nos queda es el terror..." (p. 213).

Puede el lector sentir la aprensión de que una novela en que se evocan temas tan remontados sea de difícil lectura y carezca de interés propiamente novelesco. Pero no tema nada. Hemos hablado ya antes del pulso del autor, y es tiempo de volver a ello. José Donoso muestra en *Coronación* un pulso ciertamente maestro porque sabe mezclar atinadamente la divagación filosófica sobre altos temas con

la descripción de pequeños cuadros de vida humilde. Las escenas de la busca de Mario en Valparaíso tras la pista de René, que se le ha extraviado, son excelentes, inclusive por la presentación de pequeños personajes que bien podrían haberse omitido pero que, presentes, contribuyen a dar profundidad a la escena. La sensación del amor se da a perfección en el contacto de Mario y Estela, así como la borrachera de Rosario y de Lourdes en el *ballet* de la coronación, que ya mencionamos, es en todo y por todo una pequeña obra maestra. Largo sería citar uno a uno estos hallazgos, estas miniaturas, estas escenas en que sonríe la gracia, con las cuales revela José Donoso instinto de novelador, amor al oficio y destreza; pero no será demasiado insistir en la excelente evocación de épocas que ha intentado con la visita al desván, donde, entre telarañas y nubes de polvo y cadáveres de insectos, yacen algunos de los lujos pretéritos de la casa. Y es que en esta novela hay aire libre y aire confinado, gran mundo y bajos fondos, personajes cerebrales y puramente instintivos, todo ello barajado y combinado en dosis ciertas, muy cabalmente medidas por dracmas y escrúpulos.

La presencia de personajes de diferentes clases sociales, con niveles de cultura e intereses muy distantes, da profundidad especial a las escenas de *Coronación* y plantea al autor el desafío de mantener, para cada uno de ellos, el lenguaje pertinente. Uno de los valores de la novela estriba precisamente en la singular destreza con que el novelista responde a ese desafío. El lenguaje de cada personaje refleja a maravilla el centro espiritual de que procede. La charla insustancial de Carlos y su mujer, Adriana, sin ir más lejos, cobra sabor de cuadro de costumbres (p. 221-2), merced a la evocación de sutiles detalles de ambiente que realiza el autor para dar naturalidad, frescura y forma directa y espontánea al diálogo. Del mismo modo, los otros personajes de la novela mantienen su propio estilo de principio a fin. Algún día se podrá estudiar esta obra como testimonio del lenguaje usado por el chileno de 1957, transportado al libro con el minimum de sacrificio de la espontaneidad.

Coronación es una gran novela psicológica y de ambiente, y con ella su autor se coloca de golpe y para siempre en la primera fila de los escritores nacionales de prosa.

6

ALDO TORRES

Rostros sin máscara, por Salvador Reyes.
Zig-Zag, 1957.

Es corriente, entre nosotros, la publicación de poesía, novela o cuento; sobre todo, de poesía... No es otro el cuadro de nuestra producción cultural. Vivimos sujetos al régimen tácito de lo inherente o congénito, de lo espontáneo, de lo subconsciente. Los políticos que nos rodean pesan y sopesan cuanto pueda convenir a la consecución de sus propósitos y ambiciones; no pierden detalle; en cambio, nuestros escritores —¿Dónde están las excepciones?— no demuestran preocupación alguna decidida por sus instrumentos expresivos; no se echa de ver que se inquieten —o que se torturen— por la sublimación material de lo innato. Aun estamos demasiado confundidos con la naturaleza. No practicamos trasplante alguno. Nada injertamos en el tronco primitivo, que incontroladas proliferaciones amenazan de asfixia. ¿Será que tomamos la sierpe abrasadora por especies dignas de cultivo? ¿Vemos lo legítimo en lo circunstancial?

Las reflexiones precedentes derivaron de nuestra lectura del último libro de Salvador Reyes, *Rostros sin máscara*¹, libro que nos redime un tanto del estado paradisíaco que bosquejamos. Que su autor nos perdone.

Entre nosotros no es común el producto de una actitud intelectual presupuesta; no es común la meditación con vistas a la trascendencia, aunque sea mínima; no abunda el ensayo. El rigor mental no existe o se manifiesta esporádicamente y, cuando lo hace, se presenta poco definido, recargado de adherencias que entorpecen el vuelo independiente y voluptuoso de las palabras, de las ideas. El fuego cerebral no se proyecta espontánea o voluntariamente hacia horizontes superiores, a menos que concurren inesperadas contingencias. Ello implica una forma gratuita de sometimiento al mundo exterior, que no condice con la condición humana; una irracional extroversión; una vana dispersión del yo. Y una conciencia individual

no soldada en su integridad equivale, simplemente, a la destrucción de la presunta gran conciencia nacional. ¡Cuán imposible es la rehabilitación de un espejo infinitamente destrozado!... No es, pues, riqueza la inconsulta prodigalidad de energías, y cuidémonos de no interpretar como multiplicidad de valores la subrepticia destrucción del individuo. Sólo una disciplina metódica y sistemática podrá acuñar una personalidad compacta, firme y, por lo tanto, permanente. Esto es lo que hemos experimentado, en nuestra sensibilidad y mentalmente, al evocar, tras la lectura de esta obra, la dilatada carrera literaria de su autor.

Lo expresado dejará entrever los planos en que se desenvuelve nuestro comercio espiritual y la calidad de tal comercio. Todo es desorientación o desconcierto. Aparece un libro y otro libro. Unas tras otras, se abren las exposiciones pictóricas. Se dicta una conferencia de vez en cuando. ¿Quién podría señalar, ahora, el rasgo común profundo entre aquellos libros, aquellas exposiciones y aquellas conferencias? ¿Hacia dónde y cómo avanzamos? ¿Sobre qué conversan nuestros escritores, si es que lo hacen? La nuestra, ¿es superlativa riqueza de individualidades o simple diseminación de elementos que no hay aglutinante que logre organizar en fracciones constructivas? Acá no es difícil colegir un fenómeno de absorción en el cual, casi siempre, somos entes pasivos. Dominamos, a la perfección, las técnicas más diversas y mediante este hecho mágico, o mecánico, creemos incorporarnos al concierto universal de las ideas —¡Oh, la cultura europea de algunos cerdos urbanos!—, como si lo universal fuese latitud y no honda meta esencial. Y esta meta esencial está en nosotros mismos; la alcanzamos gracias al caudal vital que manan las raíces —que hay que descubrir— de todo lo sencillo y complejo que somos; la alcanzamos, para auténticas consolidaciones venideras, cuando oficio y técnica remotos se subordinan armoniosamente —o los conquistamos— al mandato que viene desde dentro y desde más allá de nuestro origen. No hay símbolo mejor de toda creación que el de la estrella, cuya errante luz, al fin, es lo único que existe.

Salvador Reyes ha sabido perseverar en la bien entendida profesión literaria. Una tras otra completó las etapas decisivas, integrándose a sí mismo e integrando la ima-

¹ A Blake un contemporáneo suyo lo llamó: "Un hombre sin máscara", subtítulo de una biografía actual del afamado poeta inglés.

gen trascendente de su personalidad. La contemplación del universo no fué en él una desenfundada sangría de su caudal secreto; fué paulatino acrecentamiento de sus potencialidades en beneficio de las proyecciones de su yo esencial. ¿No es una comprobación *Rostros sin máscara?* Sus páginas reactualizan el interés por cinco novelistas europeos que rebalsaron sus fronteras patrias: Pío Baroja, Blaise Cendrars, Pierre Mac Orlan, Claude Farrere y Francis de Miomandre; un español y cuatro franceses. No hay duda de que la racial proporción ofrece buenos antecedentes para estudiar la formación literaria y la estilística de Salvador Reyes. Otorga existencia ideal a cada uno de ellos y los hace aparecer en su pura humanidad comunicable. Explora el hemisferio visible, cotidiano, común, de cada uno de ellos y enfoca, sobre dicha base, las transferencias estéticas de sus obras. O viceversa. Los ubica en tiempo y espacio debidos, los define y valoriza sin arrebañarlos, particularmente, cual especímenes representativos del hacer literario. Acaso esta tipificación redunde en notoria objeción al alcance de sus impactos exegéticos. En realidad, hay factores que no cuentan, directamente, en el proceso estimativo; pongamos, por caso, los socio-económicos... Sin embargo, no debemos olvidar la índole intimista de los trabajos que integran el volumen ni el sentido afectivo-sentimental que su autor les ha impreso; menos cabe olvidar que en todo trabajo intelectual se incorporan, en unidad inexorable, la voluntad de su creador, sus apetencias privativas y las circunstancias históricas. Un autor no puede dar más de lo que brinda y la generosidad de su entrega dependerá de la medida en que ésta nos permita sentirlo y sentirnos en él. La capacidad temporal de muchas obras no es más que el don de iluminar nuestro presente, de hacerlo real y significativo.

Salvador Reyes ha explicado la vida y la obra de algunos escritores eminentes; ha explicado, a su través, el influjo de ellas en la vida y obra propias. Ha verificado, con meridiana claridad, la presencia de una relación constante entre el ser y el hacer, fundamento angular del ejercicio de la literatura. De algo importante para él, ha sabido extraer algo importante para nosotros.

7

ALDO TORRES

Orígenes literarios del surrealismo, por Anna Balakian. Zig-Zag, 1957.

La autora enseña idiomas latinos en la Universidad de Siracusa, Estados Unidos de Norte América; su especialidad es la literatura francesa. Sus propósitos —de clara— son los de “explorar una vez más los senderos que llevan del romanticismo a Baudelaire y de éste a Lautreamont, Rimbaud y Mallarmé, hasta el nihilismo de Dadá”; todo lo cual —agrega— “es llegar a demostrar que estos escritores no han contribuido tanto unos a otros como a producir una revolución general en el misticismo poético”. Esta revolución —afirma— “ha desarrollado una nueva filosofía de la realidad, que ha ido moldeando alrededor del materialismo la propensión mística de un número considerable de artistas del siglo XX”.

Confiamos en que esta obra, de rara aparición en Chile, será útil para quien desee iniciar contacto con la poesía francesa en los últimos cien años. Aunque en sus páginas resalten nombres y tendencias que ya saben a lugares obligados de la historia literaria (¿Quién podría prescindir de unos y otras?), el interesado lector, sin más objetivo que la mera información, no podrá considerarse defraudado. Asimilará una sucesión de referencias que lo nutrirán insensiblemente, salvo que deberá disponer de una vigilancia previa de su intelecto para captar, sin equívocos, el denominador común que late en la exposición discursiva de este trabajo y que aflora en convulsionado ataque frontal contra la razón y sus fueros.

Respecto del lector más o menos avisado, desde luego no será ésta la primera “historia” del surrealismo que llegue a sus manos. ¿Quién no recuerda la de Maurice Nadeau? La verdad es que Anna Balakian no ha pretendido trazar una historia substanciada del movimiento en cuestión. Aparte de proporcionar los medios indispensables para una comprensión elemental de la materia, parece haber orientado sus enfoques en el sentido de cierta tesis que nos parece clara. A menudo emplea el concepto de “misticismo” y deriva de él proposiciones como “misticismo poético”, “manifestación mística del desorden”,

“misticismo materialista”, “misticismo ateo”, las cuales, sin duda alguna, caracterizan a la poesía contemporánea y definen, por contraste, a quien las formula.

Considerada, pues, desde bases surrealistas, la poesía sería una mística. ¿Una mística tradicional? Nada más lejos de toda tradición, o trasunto de tal, que el frenesí expresivo de este “ismo”. Una nueva mística... Mas, ¿cuál será el distintivo de semejante disciplina espiritual? Misticismo puede significar religión o superstición, misterio, alegoría. Todo esto alentará en las entrañas de la nueva mística. Queda, entonces, por averiguar la dirección doctrinaria del conglomerado resultante de los factores anotados.

Demuestra, Anna Balakian, que, desde el romanticismo, la poesía, en general, se ha ceñido a una línea de introversión; que progresivamente ha ido replegándose desde el objeto hacia el sujeto; que a lo social ha venido a oponer un individuo erizado de odios, fobias y sarcasmos.

Una mística legítima tiende a lo infinito, a lo absoluto; tiende a dar una explicación teológica del cosmos. La nueva mística es aquella poesía sancionada por Víctor Hugo, Baudelaire, Lautreamont, Rimbaud, Mallarmé, hasta llegar al umbral ardiente del surrealismo, Dadá.

Hugo sondea los abismos de lo sobrenatural y caen aún en el ocultismo. Baudelaire proclama el abandono del universo cotidiano mediante el uso de la droga, el haxix. Lautreamont exalta las representaciones más espantosas de lo inconsciente. Rimbaud se escuda en la simple alucinación, en el sagrado desorden de sus sentidos. Mallarmé se rinde ante la volubilidad del azar. En estas actitudes fermenta una creciente oposición al reino exterior, oposición que se transformará en guerra a muerte a la razón que lo rige. A tales negadoras actitudes, que acaban por glorificar la destrucción de todo lo establecido, abre amplio camino la picota de Dadá que —repetimos— conduce a las encendidas aulas del surrealismo.

¿Se ha llegado, acaso, a vislumbrar el infinito, esa tierra prometida de lo absoluto?

El largo afán, cuyo símbolo es el viaje hacia dentro, proyectado en imágenes no imitadas sino creadas¹, e integradas por

lo ilógico y lo absurdo, ha terminado en lo que debía terminar: en el caos, en la subordinación del pensamiento a la sensación y al instinto, fenómeno que la autora denomina “misticismo materialista” o “misticismo ateo”. Del psicoanálisis de Freud, gran palanca del surrealismo, ninguna palabra, no obstante las alusiones a Charcot, y a sus investigaciones sobre la histeria, cuando se relaciona el desenvolvimiento de la poesía con los avances de la ciencia. Falla importante del libro.

Próximo al final del volumen, surge un extraño retrato de André Breton. Heo aquí: “Y hablando con el Breton de nuestros días, más viejo, uno se queda impresionado por la claridad de su discurso, la amplitud de su conocimiento, la firmeza de su ademán. El aparece anclado en la sociedad burguesa; parece estar buscando raíces, orientándose hacia la estabilidad; quiere ser parte de una tradición literaria reconocida; habla de su obra poética como si se tratara de experimentos científicos y, al interrogarle sobre los aspectos más revolucionarios del surrealismo, sus ojos se vuelven a las representaciones pictóricas más que a las literarias. En el hecho, si no fuese por aquellas pinturas que vi cubriendo los muros de su hogar en el exilio, en Nueva York, durante la segunda guerra mundial, sentiría la tentación de exclamar: “Breton ha transigido con la realidad”.

Nada más en discordia, por cierto, con la filosofía que la autora de *Orígenes literarios del surrealismo*² adjudica a las corrientes precursoras y alumbradoras de dicha escuela. Sin embargo, sus palabras postreras configuran una esperanza de triunfo sobre la confusión actual; triunfo de esa actividad fundamental del hombre, que engendra ideas y hechos, y de la cual los avatares de la poesía sólo constituyen etapas constructivas.

¹ ¿Por qué no se cita a nuestro creacionista, Vicente Huidobro?

² La carátula, que se dice de Charles Burlakov (?), es, en verdad, copia o reproducción de “El ampurdán” (1942), cuadro de J. Batlle Planas. Ver *Ismos*, de Ramón Gómez de la Serna. Poseidón. Buenos Aires, 1943.

ELADIO GARCÍA G.

El krausismo español. (Perfil de una aventura intelectual), por Juan López Morilla, México, FCE., 1956, 212 pp.

Es frecuente relacionar íntimamente el krausismo con la literatura española de fines del siglo XIX y principios del veinte, en su manifestación más importante¹. El presente estudio demuestra que es algo más y que hay entre el krausismo y estas manifestaciones, más que una relación causal, una relación de sentido o, a lo más, una comunidad en la forma de las aspiraciones.

El señor López Morillas quiere situarse, en esta monografía, taxativamente, en plano de la historia de las ideas. Trata de captar, entonces, sus orígenes, la amplitud de sus proyecciones, sus esbozos trunco y toda su multitud de transformaciones y vericuetos. "Ha sido nuestra intención descubrir bajo la faz convulsa de la España del siglo XIX algunos elementos que, a nuestro juicio, singularizan a la segunda mitad de esa centuria en la historia de las ideas. Como en cualquier otra época, también en ésta nos tienta el deseo de fijar lo que hay en ella de potencial y de real, lo que pudo haber sido y lo que efectivamente fué. Porque no hay que olvidar que es ese período sobre el que todavía se yergue un signo de interrogación". (Prólogo, p. 8).

Sin embargo, el discurso mismo rebasa los límites históricos al tratar el krausismo como un fenómeno específico, en su puro ser sistema. Se agregan a ello indagaciones psicológicas, que en conjunto trascienden los propósitos del autor.

El capítulo segundo, El Racionalismo armónico, es un intento de mostrar el krausismo con cierta prescindencia de sus relaciones con España. No obstante, "Este nos interesa en lo que atañe a su modalidad española, más como factor de agitación intelectual que como sistema de pensamiento; y por ello mismo nos atrae únicamente aquella parte de la doctrina que, por su carácter ejecutivo, y reformador, influyó eficazmente en la mentalidad española de la segunda mitad del siglo

XIX. Ahora bien, es ésta precisamente la parte menos formal y técnica del pensamiento de Krause. Aún en los discípulos más destacados de éste se echa de ver una preferencia por lo práctico —ampliamente entendido— del sistema armónico: Ahrens y Röder se interesan casi exclusivamente por la Filosofía del Derecho; Leonhardi, por la Filosofía de la Historia; Tiberghien, por la Filosofía de la Religión; Hohlfeld, por la Ética. Sólo Sanz del Río se interesó por la Metafísica krausista, justamente lo más percedero del sistema" (pp. 31-32, nota 2).

El krausismo aspiró a salvar la barrera kantiana entre razón y fe. "La analítica de Kant, las aspiraciones reformadoras y humanitarias de Fichte, el panteísmo de Schelling, y el sistema de nociones universales últimas —categorías— de Hegel, todo ello encuentra cabida, con mayores o menores modificaciones, en el racionalismo armónico". (p. 31).

Este sistema que tiende a superarlo todo y a poseer una coherencia irrefutable, dentro de una terminología "enigmática", tiene entre sus principales aspectos una parte analítica y una sintética. La analítica es el estudio de cómo es posible el conocimiento auténtico de las cosas. La sintética, el camino contrario, parte de la unidad superior de Dios. "Ya hemos visto que en la parte analítica la investigación se remonta inductivamente de la unidad básica del yo, a través de la dualidad cuerpo-intelecto, hasta la totalidad superior de Dios. En la parte sintética, a la inversa, la investigación empieza con la totalidad superior de Dios y desciende deductivamente, a través de la dualidad naturaleza-espíritu hasta la unidad básica del yo. El yo se revela ahora como el individuo humano. El hombre, síntesis perfecta de las dos esencias finitas, es la esencia finita más elevada que ha salido de la mano de Dios". (p. 36).

Dentro de esta modalidad fundamental se comprenden una serie de disciplinas (Lógica, Estética, Mátesis o ciencia de la magnitud, que estudia los conceptos matemáticos de tiempo, espacio, fuerza movimiento, etc.). El sistema implica además una filosofía de la historia y una metafísica panteísta y una conceptualización que tendía a abarcar la totalidad de los problemas de la filosofía tradicional, envuelta en una terminología de carácter religioso, en general.

Sanz del Río estudió en Alemania entre

¹ Véase, originalmente, Jeschke, Hans: *La Generación de 1898 en España*. Santiago. Edit. Universitaria, S. A., pp. 21 y sgts.

1843 y 1844. Y de las posibilidades ideológicas puras de su tiempo eligió este sistema tan imbricado. Sanz del Río, con más aureola y carisma personal que efectividades científicas no era el llamado a comprender ese sistema en su mera intimidad discursiva ni menos para hacer objetivamente transmisible esa misma intimidad. "Ni sus dotes intelectuales que, aunque genuinas, no eran ciertamente extraordinarias, ni la doctrina de tan fácil acceso en la forma castellana como en la primitiva germánica, permiten justificar el ascendiente de que el catedrático de la Universidad Central gozó durante muchos años. Con ligeras salvedades, en sus escritos se columbra sólo a un pensador de limitados horizontes, entregado a la tarea de levantar un edificio filosófico que, por lo desmesurado de sus dimensiones y lo rebuscado de sus materiales, estaba destinado a quedarse en los cimientos. Entre las numerosas anomalías que exhibe el krausismo español —y todo él fué, en rigor, una estupenda anomalía—, la más sorprendente es el hecho de que fueron contadísimos los discípulos de Sanz del Río que llegaron a penetrar auténticamente en el pensamiento del maestro" (pp. 50-51).

Y es en este mismo punto donde el Krausismo deja de ser un mero producto filosófico y pasa a ser un ariete, un *stimulus*, —ciertamente acedo— contra el estado de la conciencia española. Ya su validez objetiva va a ser menos importante que su vigencia sociológica.

La personalidad de Julián Sanz del Río, aun más allá de su cátedra, cautivó a gran parte de la juventud española, "y lo que profundamente asombra a Menéndez Pelayo, a Laverde, a Orti y Lara, a Navarro Villoslada, a Alonso Martínez y otros antagonistas destacados del jefe krausista, era que una parte nada despreciable de la juventud española estuviera pronta a dejarse fascinar por las "palabras de miel" de Sanz del Río, tal vez por la sencilla razón que en aquellos días eran raros los profesores que se interesaban genuinamente por ella" (p. 53), y "la notoria afición del español al hombre entero, de quien toda actividad, por eximia que sea, es siempre de segundo orden, trasparece en el entusiasmo por Sanz del Río que manifiestan no ya sólo los que fueron sus discípulos, sino también otras muchas personas que no alcanzaron a conocerle" (p. 54).

El Krausismo se presentó a la mirada de los españoles como una oportunidad de renovar las prácticas científicas y filosóficas tradicionales. El tinte racionalista, la oriundez germánica, el espíritu estrictamente científico de que hacía gala, el intento de afirmarse como religión racional, avivó muy pronto, primero las reservas, las sospechas y por el último el desnudo antagonismo de los defensores tradicionales —indudablemente católicos— del llamado espíritu español.

Y el Krausismo no pasaría de ser una mera anécdota de psicología colectiva si no hubiese tocado telas profundas, pero sensibles, escondidas en la tradición, para este tipo de fenómenos. La índole monográfica del presente estudio no mira el krausismo así, como un intento, ya antiguo en su modalidad, de fecundación en España y por ello no está enfocado, precisamente, desde dentro sino como algo que le ocurre a España en una época claramente determinada, en el plano de las ideas. El Erasmismo, la Ilustración española y otros intentos posteriores al Krausismo, quedan así sin ninguna conexión.

Pero las objeciones que se le hicieron al Krausismo revelan viejas huellas. "Una de las imputaciones más graves que se hicieron a Sanz del Río fué, entre otras muchas, la de que en su labor le guiaba el móvil de rodearse en un núcleo de secuaces incondicionales quienes, rigurosamente indoctrinados en la nueva filosofía y ciegos a toda otra influencia se aprestarían a derrocar los valores de la España tradicional y a pervertir a la juventud incauta" (p. 57).

Esto nacía de considerar el Krausismo —¡tan lejos ya del enjambre ideológico primero!— como una "sociedad secreta consagrada en cuerpo y alma al avieso designio de quebrantar la unidad religiosa de España y de subvertir su estructura política y social" (p. 58).

"Pero es el caso que, sin dar portazo a la posibilidad de que tal o cual krausista rindiera culto al Gran Arquitecto del Universo en algún taller de tapadillo, es de todo punto extravagante insinuar que Sanz del Río y sus discípulos se propusieran llevar a cabo actividad alguna de carácter subterráneo. La exposición de la filosofía Krausista se hacía abiertamente en la Universidad Central y en la tribuna pública del Ateneo de Madrid" (Ibidem).

Sin embargo, el triunfo de la doctrina de Krause era incontenible mediados los

cinco años entre 1857, discurso de Sanz del Río en la Universidad Central, y 1862. Y a pesar de este poderío indiscutible en los círculos universitarios e intelectuales, los krausistas confiados en la necesidad interna de la verdad de su doctrina no quisieron intervenir en la vida pública. Pero estaba en la médula del sistema el germen desquiciador. El libro de Krause *Urbild der Menschheit*, que Sanz del Río adaptó con el título de Ideal de la Humanidad, contiene puntos de vista polémicos importantes, en la perspectiva de ese tiempo, que tocaban aspectos de la vida social y de salvación personal. El adaptador agregó los mandamientos de la Humanidad. "Los mandamientos ofrecen excelente ejemplo de cómo Sanz del Río, más aun que su maestro Krause, procuraba revestir la estructura racionalista de su pensamiento con vocablos de sabor religioso; pero no para disfrazarla, sino para dignificarla ante los ojos de un público acostumbrado a oír abominar de todo racionalismo que no estuviese atemperado por la fe y la revelación" (p. 84).

Por otro lado, el Krausismo inaugura la preocupación por la ciencia y el pensamiento alemanes. Ello llevaba en sí una nueva idea de la Universidad, vinculada esencialmente a la noción de absoluta libertad de enseñanza. Sin embargo, "La Universidad de hechura germánica con que soñaban los krausistas se quedó en un bello proyecto. Mas, aún barrida por la cólera reaccionaria de los primeros años de la restauración, la pedagogía krausista fué el antecedente eficaz de las reformas liberales que introduce el ministro Albarreda en 1881" (p. 98).

Ante este volumen de pretensiones que tocaban una multitud de manifestaciones (véase, Krausismo y literatura, p. 122; Krausismo y Religión, p. 142; Krausismo y política, p. 164) y que amenazaba con ideas en todos los frentes, el Krausismo tuvo dos enemigos, ambos esencialmente más poderosos y en definitiva, victoriosos. Menéndez Pelayo, Laverde y otros, defensores de la tradición, y los propugnadores de un nuevo progreso positivo, Perojo y Revilla, fundamentalmente.

El origen la *Ciencia Española* se explica perfectamente como la defensa de la tradición hecha por don Marcelino, en 1876, contra don Gumercindo de Azcárate, defensor del racionalismo armónico. "La embestida contra Azcárate y, a través de él, contra los krausistas y otros supuestos

'denigradores' de la ciencia nacional, es premeditada. La táctica, en cambio, deja bastante que desear. El doble afán de anadar al adversario y dejar probado que si hubo una ciencia española en ese período trisecular hace que la refutación resulte en gran medida ineficaz, precisamente por exceso de prueba. Menéndez y Pelayo lanza contra su antagonista brigadas de hombres y batallones de títulos, como si lo numeroso de la hueste, más que de una pulcra estimativa, dependiera el éxito del ataque" (p. 205).

El otro enemigo en el tiempo fué el positivismo, difícil de deslindar de los tradicionalistas, representado por don José del Perojo, que en la Revista Contemporánea con parecidos argumentos científicos, contribuyó pronto al desprestigio de esta corriente.

El libro del señor López Morillas, denso, todo él concebido a base de pequeñas monografías, clarifica los contornos y la importancia del Krausismo en España. Una ecuanimidad permanente levanta el problema desde una órbita puramente polémica al rango de objeto. A su descripción acuciosa aplica la investigación.

Sus propósitos están conseguidos. "Nosotros, por nuestra parte, hemos evitado hasta aquí la tentación de emitir un dictamen general. En los capítulos que preceden nos hemos limitado a enfocar aquellos aspectos que estimamos necesarios para entender lo que el Krausismo español quiso ser y fué efectivamente el período —aproximadamente 1854-1874— de su máxima prianza" (Epílogo).

9

GUILLERMO ARAYA GOUBET

Buenos días, señor Zola, por Armand Lanoux, Santiago, 1957. Ediciones Ercilla. Traducido del francés por Jorge Onfray. 357 pp.

La novela actual está muy distanciada de aquella que impuso E. Zola. Más próximo a esta época y a todas las futuras está "el caso Zola". No hay que entender que la diferencia señalada signifique valoración encubierta. En lírica hay diferencias insalvables entre Luis de León, Garcilaso y Rubén o Neruda. Epopeya —en sentido unívoco— no existe desde la formación de los pueblos europeos romá-

nico-germánicos. Estos hechos no impiden que admiremos siempre —y quizás con mayor intensidad— los poemas homéricos y los cantares medievales. Y que Luis de León se nos venga a la memoria y a los labios con permanente insistencia.

Prueba de vitalidad del hombre y la obra es la aparición de esta biografía de A. Lanoux. Hemos repasado en ella esta vida feroz y alucinante que quedó adherida a la vida social y a la historia literaria con igual fuerza. En siete *Partes*, Lanoux recuenta con viveza y agilidad la formación del escritor y la lucha del creyente en la 'Justicia' y en la 'Verdad'. Sin ocultar nada —hay hechos lastimosos en la niñez de Zola—, sin falsificar nada, sin romper en alabanzas ni en lugares comunes, vamos paso a paso sintiendo a Zola, admirándolo, riéndonos de él.

L'Assommoir, *Nana*, *Germinal*, *La Débâcle*, *La Bête Humaine*, *L'Argent*: las novelas que quedaron y quedarán. La defensa de los pintores coetáneos, la defensa de Desprès, el *J'Accuse*, su chochería poética de *Les Quatre Evangiles*: el hombre para siempre, el hombre inmortal. ¿Qué es más: describir a las masas que rugen, teñidas de carbón, que arden en el teatro cuando aparece Naná, o enfrentarla sin la menor alteración en los días del *affaire*? ¿Qué es más —preguntaba Sancho— matar un gigante o resucitar un muerto?

Lanoux convivió dos años, documentalmente, con Zola. De ahí, el "Buenos días". No me fué fácil llegar a convenirme y a admirarlo, confiesa (a muchos ha ocurrido igual). Ganado y convencido por Zola, no pierde la serenidad ni el juicio crítico. Nos entrega una obra llena de amor, pero certera y objetiva. Monta y desmonta su vida cotidiana y su vida de resonancia universal. Con el ajuste y desajuste de ella, va emparejando el alumbramiento de la época de tanteos, los *Rougon-Macquart*, las *Trois Villes* y los poemas evangélicos finales. Aparece Zola recopilando material para sus obras, haciendo preguntas ingenuas a sus amigos, alejándose de Cézanne y no entendiéndolo, reviviendo con Jeanne Rozerot, engordando y enflaqueciendo, entregándose con franqueza a los estudios psiquiátricos del Dr. Toulouse. Y con sus iras imponentes, con su tenacidad y voluntad de trabajo ciclópea. El Zola-La Vergüenza, el bebedor de sangre humana, Zola *pornographique*, Zola judío, Herr-Zola está en estas

páginas con sus palpitaciones de supersticiones, respirando, viviendo. Hasta el más reacío y tozudo de los lectores anti-zolescos quedará impregnado de estampas y palabras si se decide a leer este aluvión poderoso. Porque aquellas expresiones de D. Emilio: "con deseos de tragar montañas", "me he comido a mi siglo", "necesito un accidente ferrocarrilero para mi *Bête Humaine*", "impondré mi teatro como impuse mi novela", remueven cualquiera conciencia remolona y penetra en cualquiera piel.

Lanoux estudia también con penetración algunos aspectos de la producción literaria de Zola. No todos ni los más, sólo algunos: la concepción cíclica de los *Rougon* (Zola, hijo de ingeniero, gran constructor también él, Zola gran arquitecto literario), plan de *L'Assommoir*, revisión más al pormenor de *Germinal* (novela predilecta del cinematógrafo), la poesía verdadera de sus novelas (no lo poemático-evangélico), sus ideas caprichosas y positivas sobre la experimentación y el cientifismo literario, la finalización del naturalismo en los *Bougon*, el descenso en la *Trois Villes* y el utopismo de los *Quatre Evangiles*. No olvidemos: la personificación también está mostrada por Lanoux. El *Voreux*, pozo carbonífero apetente de carne humana (*Germinal*), *Lison*, la mujer-locomotora (*La Bête Humaine*), el *alambique*, monstruo silente y de cobres retorcidos (*L'Assommoir*). Podríamos agregar nosotros: El *Sacré-Coeur*, que domina sobre la *Cité* y que está presente siempre en su novela *Paris*; el oro que repiquetea en cada página de *L'Argent*. (En esta novela hay una stampa magnífica: *Saccard*, personaje principal, que deambula por París una tarde cualquiera, es sorprendido por un aguacero repentino. Para protegerse de la lluvia se allega a vitrinas bajo aleros. Las vitrinas resultan ser las del juicio Kolbch, que funde oro y acuña monedas y otras especies. Saccard siente a sus espaldas el tintineo cantarino y dorado. Es la *personificación* de la novela. Es el motivo fundamental repetido después sinfónicamente. Es la razón básica del libro). También anota Lanoux las limitaciones del novelista. Su despreocupación estilística, las repeticiones machacantes e inoficiosas.

La fisiología de los personajes novelescos de Zola queda claramente explicada en relación con la de su creador. Zola, tímido en su juventud, insatisfecho de su

esposa legítima, pero moralista y casto, tiene que ser arrebatado de pronto de sí mismo por una dulce muchacha para cambiar de conducta novelística. La influencia de sus amores con Jeanne Rozerot y el nacimiento de sus dos hijos son clave imprescindibles para penetrar en la creación zolesca.

La antítesis de Zola, creemos nosotros, es Proust. Con riesgo de esquematizar, pero con afán de ver claro, diremos algo sobre esta polaridad. Para Proust no existe ni el acontecimiento ni los hechos sociales, exteriores. Su prosa tiene que hundirse y arrancar de hechos de conciencia. Proust está siempre inclinado sobre su conciencia y sus recuerdos como Narciso sobre la fuente. Proust necesita de la lapicera como del balde, la noria. Está sacando desde la profundidad de un pozo ya alejado de recuerdos personales. Insiste y matiza para transmitir las afecciones que las cosas han dejado en su espíritu, en su sensibilidad. Es por eso que es imposible pensar un hombre-Proust capaz de transformarse en el caso Proust a la manera de Zola, que es invadido por el afán de actuar en su tiempo y luchar con la muchedumbre y la opinión general (defensa de pintores, Dreyfus). De Proust se llega sin saltos a los escritores que problematizan el género mismo. El surrealismo y los tanteos contemporáneos están ligados al psicologismo, a la atonía e indiferencia de lo vital común, de lo social.

Zola necesita de las multitudes, de las huelgas, de los accidentes ferroviarios, del alcohol y la prostitución. Un Zola meditando sobre técnica novelesca o matices psicológicos es impensable e inexistente. Zola maneja el bisturí, los ojos, los datos concretos. Necesita fichar sus personajes, conocer los progenitores de ellos, su ambiente, su herencia. Está siempre mirando lo que ocurre (para él era un rito cerrar o abrir una ventana). El Zola de los *Rougon* —el más valioso literariamente— es un Argos con tantos ojos como narices. Recuérdese la constante vibración de sus aletas nasales. No hay pozo profundo ni lejanía en él. Su fuente es su siglo, el siglo que se ha tragado y que ha clavado en sus novelas como un entomólogo sus insectos. La saña con que expone la caída y degeneración de sus personajes alcanza una objetividad helada y que produce dentera. Es un filólogo atento y seguro de lo social, de los hechos vitales externos. Para él está

primero la fisiología y la sangre que la psicología y la conciencia.

Naturalmente que Zola tiene su deuda con Balzac y con otros. Pero él representa como paradigma inmejorable las características novelescas que le hemos asignado. Lo mismo en el polo opuesto ocurre con Proust.

Pero dije que esquematizaba un tanto. Es cierto. En Zola —sus novelas son caudaloso y variado río— hay algunos rasgos que nunca he visto señalados. Es lo que tan típico aparece a veces en Dostoyevski y que van a exagerar posteriormente Kafka, como prototipo, y algunos otros. Es lo que se nos revela como lo absurdo o inexplicable de ciertos hechos o ciertos personajes. Son visiones breves pero precisas de actuaciones paranoicas, absurdas. Cuando *Gervaise* ha encontrado la tienda que tanto buscó, se dirige a la calle en que trabaja Coupeau, el techador. El hombre desde sobre un techo ve a su mujer que lo espera. Hace entender que bajará en seguida de concluir un trabajo breve. Desde que comienza esta escena, el autor nos ha informado que en una ventanuca, desde la que se domina a Coupeau, hay una viejecilla de pelo blanco y chal negro (nos hace pensar en la Muerte), que observa imperturbable. A medida que el autor nos prepara con detalles para la caída fatal del techador, nos recuerda que la viejecilla observa imperturbable. Sucedido el accidente, remacha Zola: la viejecilla —imperturbable— se retira de la ventana *como satisfecha* (recuerdo lo subrayado con toda precisión). Esta especie de hendidura hacia lo absurdo e inexplicable queda allí sin otro comentario. Es como un manotazo de otro mundo extraño que Zola no conoce, pero que a veces lo asalta. Otro ejemplo clarísimo de lo mismo está en el relato del casamiento de *Gervaise*. Los recién casados y su acompañamiento salen a recorrer París luego de la ceremonia. Lluve. Se guarecen donde pueden. Caminan otro tanto cuando cesa de llover. Poco después caen nuevamente gruesas gotas. Bajan al Sena y se resguardan bajo un puente. A esta altura ya no hay ni naturalismo, ni realismo, ni nada. Sólo una situación absurda de hombres y mujeres melancólicos bajo un puente donde nunca pensarán estar. Esta situación está en pugna con toda su concepción vulgar de lo que debe ser un casamiento. Lo otro ya no nos sorprende: deciden ir al *Louvre* para festejar el matrimonio mirando cuadros que no entien-

den y que nunca han entrado en sus vidas para nada.

La traducción de esta biografía nos parece excelente. No conocemos el texto francés, pero se adivina la competencia y el interés cuidadoso con que fué trasladado a nuestra lengua.

Y una coda. Desde niño he admirado a Zola-hombre, Zola-escritor. Ya con algunos años más y al revivir mediante esta extraordinaria biografía lo que conocía y había sentido con turbulencia, creo que mi admiración y cariño se justifican y se hacen más firmes, imperecederos.

10

RAMÓN MORALES AVILA

Shakespeare's Bawdy, por Eric Partridge (A Literary and Psychological Essay and a Comprehensive Glossary). (Rutledge and Kegan Paul, London, 1955), (225 páginas).

Para no pocos lectores y admiradores suyos, Shakespeare es el más inocente y pulcro de cuantos hombres han tomado una pluma en sus manos. Sin embargo, una lectura debidamente atenta de su obra lírico-dramática no expurgada, revelará que, con no poca frecuencia, hay en ella —ya sea ingeniosamente veladas o expresadas en forma bien franca— insinuaciones que sería muy difícil de describir como inocentes o pulcras. Tales insinuaciones suelen extenderse, a veces, a través de párrafos completos.

No existe, por cierto, razón valedera para escandalizarse de ello, pues la mayoría de los escritores del Renacimiento, como, asimismo, de la antigüedad y fines de la Edad Media —para no decir nada de muchos contemporáneos de gran relieve— hicieron gala de una gran franqueza cuando debían referirse a esos temas un tanto escabrosos que algunos describen con el término francés "risqués".

La palabra inglesa que mejor expresa este concepto es "bawdy". No ha mucho, bajo el título de *Shakespeare's Bawdy*, ha salido de las prensas de Gran Bretaña una obra de notable erudición en que se estudian y comentan las expresiones "risqués" en que suele incurrir el gran dramaturgo isabelino. Esta obra se debe al investigador inglés Eric Partridge, autor que ya nos era conocido por su Diccionario de "Slang". (*Slang —To-Day and Yesterday—* Rutledge & Kegan Paul, London, 1950).

La nueva publicación de Eric Partridge en que nos da a conocer sus investigaciones relativas al "bawdy" shakespeareano, significa, a nuestro juicio, una obra de consulta que todo lector acucioso del Bardo de Avon debería tener en su biblioteca. El glosario, que abarca 160 páginas bien nutridas, va precedida de un enjundioso ensayo, en el cual se hallan analizados varios pasajes significativos de la obra de Shakespeare, enfocados desde el ángulo en que se ha colocado Eric Partridge. Se refiere el ensayista, con detenimiento especial, al cargo de homosexualidad que, desde los tiempos de Oscar Wilde, se han hecho al autor del "Hamlet". Partridge sostiene que juicio tan peregrino puede derivar sólo de la lectura del *Soneto 20* de Shakespeare, pero que el resto de su obra y, en especial, el tono varonil, y a veces, un tantico audaz, de su "bawdy", destruyen de cuajo la suposición de que también este genial dramaturgo fué devoto del "amor que no se atreve a decir su nombre".

En la sección 5 de su ensayo preliminar, recapitula Partridge sus consideraciones. Creemos útil reproducir el párrafo siguiente de esta sección: "If we take the plays in the convenient division into Histories, Comedies, Tragedies, and Tragi-Comedies, we notice that, apart from the Falstaff scenes, the Histories are, sexually, much the "purest"; then the Comedies; then, if we include *All's Well*, the Tragi-Comedies; whereas the Tragedies, despite the comparative innocuousness of *Macbeth*, are, as a class, the most indelicate".

Es obvio que una obra de esta naturaleza, aunque se la pueda estimar de consulta obligada para un lector, acucioso de la obra del gran inglés, no es recomendable para lectores aún no adultos. Siempre con esta reserva "in mente", creemos que una traducción al castellano de *Shakespeare's Bawdy* debería emprenderse a la brevedad posible.

11

RAMÓN MORALES AVILA

Three Great Irishmen: Shaw Yeats, Joyce, por Arland Ussher (With portraits by Augustus John). (A Mentor Book, New York, 1957) (127 páginas).

El autor de estos tres ensayos es también irlandés, como los tres escritores estudia-

dos por él, y es fácil, por tanto, suponerlo dotado de la misma verba brillante, de la misma chispa ingeniosa que caracteriza a los artistas hijos de la Verde Erin.

Ussher posee una gran independencia de juicio, de modo que no son sólo las cualidades positivas de estos tres grandes maestros las que destaca, sino que sabe ver sus limitaciones. La gran cultura humanística que evidencia poseer, contribuye a dar mayor valor a su enfoque.

He aquí algunos de sus juicios valorativos:

"Shaw, como Huxley, se consideraba un místico; pero su misticismo jamás logró enseñarle la humildad —así como a Huxley aún no logra enseñarle la caridad" (pág. 36).

"Las afinidades de G. B. S. estaban con los dramaturgos anglo-irlandeses de los siglos XVII y XVIII —sólo que el universo de Shaw significaba una concepción desde el punto de vista femenino, mientras que la de ellos era una concepción masculina. Por tal razón Shaw nos parece más realista, a la vez que más pulcro" (pág. 29).

En su apreciación de William B. Yeats, Ussher lo sitúa muy próximo a Goethe, pero establece esta diferencia fundamental: "Goethe se halla ubicado en el centro mismo de su época y su agitado mundo, mientras que Yeats, para su bien y para su mal, se mantuvo siempre al margen del tiempo y del espacio" (pág. 85).

De ese hermoso y breve drama poético de Yeats, *Cathleen ni Houlihan*, que el autor de la presente nota bibliográfica tradujo para la *Revista Inba* (Nº 14, noviembre de 1957), Ussher dice lo siguiente: "Su *"Cathleen ni Houlihan"* cristalizó el sueño nacional para un momento lleno

de fervor; pero ese momento se desvaneció muy pronto" (86). "El concibió a *Cathleen ni Houlihan* llena de tanta vida y belleza que es figura será recordada junto a Beatriz de Dante y Laura de Petrarca" (87).

Yeats fué un artista refinado y fué uno de los líderes de mayor jerarquía espiritual que tuviera el movimiento liberador de Irlanda. Su análisis de esta doble faceta del autor de *Leda y el cisne* lleva al crítico a formular un juicio que merece ser destacado aquí: "En cada verdadero demócrata hay oculto un aristócrata, y, en determinados momentos, este último emerge como esos fantasmas que aparecen tan pronto el reloj da la media noche" (88).

El ensayo dedicado a James Joyce nos impresiona como el más instructivo, a la vez que el más severo: "Joyce, escribe Ussher —un Shaw sin opiniones— estuvo más cerca que Yeats (en su concepción, al menos) del verdadero artista, con la preferencia del artista por los temas "repulsivos" y su desdén por lo que es simplemente grandioso o pintoresco" (104).

Resumiendo su análisis del *Ulises*, *El artista adolescente*, *Exilados* y *Finnegans Wake*, el crítico dice de Joyce: "No fué una figura política de relieve, sino un exilado y un bohemio; el más genuino "hijo pródigo", y por ello tenía clara conciencia de esta sentencia del *Nuevo Testamento*: Ir hacia el Padre". Esa sentencia, insinúa Ussher, encierra la clave de los enigmáticos escritos de James Joyce.

Quienquiera que tenga alguna devoción por las obras de Shaw, Yeats o Joyce, hallará, sin duda alguna, en la lectura de este bello opúsculo de Arland Ussher, un guía, un estímulo y un deleite.